

Tiempo, espacio y civilización en la sociología figuracional de Norbert Elias

Carlos Belvedere

El tiempo es la categoría sociológica fundamental, tal como lo muestra Elias en *Establecidos y marginados*. Todas las demás categorías sociológicas descansan en ésta; incluida la de territorialización pues, si bien le otorga al espacio una vital importancia, el espacio se territorializa a partir de su ocupación, la cual se demarca con el criterio temporal de la precedencia.

El conjunto de textos que aquí presentamos evidencian, de diversos modos, el tenor dinámico de la sociología de Elias. Particularmente, **Adriana Chazarreta** ha sabido apreciar “El estatus teórico-metodológico de la noción de ‘tiempo’ en la propuesta de Norbert Elias”. Su análisis muestra que la reflexión eliasiana sobre el particular adquiere una importancia central para posicionarse dentro de la tensión entre una “sociología de la situación” o del corto plazo, y una sociología de largo alcance que considere tanto el proceso del desarrollo como la evolución. Elias considera que cualquier investigación que se proponga realmente conocer las estructuras sociales, debe pensar los procesos que se desarrollan en la misma dentro de marcos temporales de largo plazo; por eso aplica a sus investigaciones una mirada sociológica procesual, ya sea cuando estudia el proceso de la civilización, la determinación del tiempo o el tipo de interrelación que se produce en una figuración del tipo establecidos-marginados.

En consecuencia, Chazarreta argumenta que la noción de tiempo adquiere en Elias tres dimensiones: (a) como eje teórico-conceptual, que permite explicar el desarrollo de las estructuras; (b) como tema de investigación en sí mismo pues, al ser un

aspecto del proceso de la civilización, se lo puede estudiar a partir de las transformaciones que ha sufrido hasta llegar a ser en la sociedad industrial una pauta de autoacción; (c) como variable explicativa a partir de un hallazgo empírico, al estudiar los diferenciales de poder que se producen en una figuración del tipo establecidos y marginados. Estas tres dimensiones sólo se distinguen analíticamente, pues se encuentran totalmente interrelacionadas entre sí.

Si toda categoría social tiene su origen en una diferencia temporal, el orden social se vuelve indiferente a toda justificación, ya que ella debería darse en su seno puesto que es discursiva y todo discurso es diacrónico. El estudio de la comunidad de Winston Parva por parte de Elias y sus colaboradores lo muestra claramente, al retrotraer todas las distinciones sociológicas clásicas a la simple relación de precedencia.

En efecto, la similar extracción de clase de los habitantes de Winston Parva, así como su paridad en lo que respecta a las calificaciones laborales, educativas y demás variables contempladas por la sociología convencional, permitió mostrar de un modo particularmente claro que, en definitiva, toda estratificación social se funda en el tiempo: los establecidos eran, simplemente, quienes habían llegado antes. Esta precedencia daba lugar a una territorialización del espacio en privilegio de quienes lo habían ocupado primero. Así, podía establecerse dos grupos diferenciados: los habitantes primigenios (con ínfulas fundacionales) y los demás. Una vez establecidos los grupos, no se tardó en adscribirle al que detentaba la prioridad temporal las demás prerrogativas, de modo tal de asignarle la suma de las cualidades positivas en contraposición con los marginados (*outsiders*), quienes cargaban con el peso de las cualidades negativas.

Ahora bien: si la dinámica entre grupos establecidos y marginados surge en última instancia de la precedencia en el territorio, podría elaborarse a partir de Elias una génesis de las categorías sociales a partir de la manipulación de su elemento: el tiempo. Así, por ejemplo, no es que se niegue la existencia de clases sociales sino que ellas no tienen otro origen, en última instancia, que el de una arbitraria distribución de poder en el seno de una figuración, la cual es, en esencia, tiempo. Incluso podríamos conjeturar, más allá de la letra del texto de Elias, que el “diferir” y el

“dilatarse” son las formas elementales del poder, ejercido sobre entes definidos por su finitud.

“Aplazar” la satisfacción de una necesidad o un deseo es la forma más perfecta y, por ende, irremediable de opresión, ya que el tiempo perdido es vida que se va. No por casualidad Marx fijó como medida de la explotación capitalista al tiempo de trabajo socialmente necesario. Expropiar tiempo es robar vida. ¿Qué valor tiene, en última instancia, la propiedad así adquirida? Ya sabía Proudhon que “la propiedad es un robo”; pero recién ahora comprendemos que aquello que se roba en la apropiación es, en definitiva, tiempo.

No es Winston Parva la única comunidad escindida por procesos de esta naturaleza. Si el análisis de Elias es lo profundo que creemos, permitirá una descripción densa de otras figuraciones. Así lo muestra Sara Perrig en “El poder se tiñe de blanco”, donde analiza el Apartheid como una relación de establecidos y marginados que perdura en el tiempo por razones que van más allá de las cualidades individuales de los implicados, explorando la conformación de una figuración. Siguiendo a Elias, Perrig muestra que, en el Apartheid, la procedencia étnica o racial de un grupo es insuficiente para explicitar las figuraciones entre establecidos y marginados. La cohesión interna de un grupo que hace que éste se considere superior a otro, activada por el control social, implica que los diferenciales de poder no puedan explicarse exclusivamente en razón de las características singulares de los implicados sino que debe recurrirse a los aspectos figuracionales de dichos diferenciales que hacen al grado de cohesión interna y control comunal por parte los grupos implicados.

En este contexto, el mecanismo de doble enlace en que ambos grupos se encuentran entrelazados no se explica sólo en términos de raza. El hecho de que uno de los grupos presente un grado más alto de cohesión que el otro contribuye a un excedente de poder que refuerza su unión y la posibilidad de excluir de ella a otros grupos. Incluso, cuanto más factores incitan al grupo de los establecidos a luchar por su superioridad, más es su afán de presentarse como una totalidad única y homogénea que demarca un claro límite entre un “nosotros” inquebrantable y un “ellos” reducido a la inferioridad. En este sentido –señala Perrig–, el régimen del Apartheid combina en su

propaganda racial el miedo a una revolución social, el temor a las revueltas y a los boicots sociales, postulando que esta política conlleva a una convivencia pacífica que no puede lograrse si el hombre negro y el blanco siguen viviendo entrelazados.

No es necesario alejarnos tanto para encontrar diferenciales de poder que sirvan a la segregación social. Un conjunto de textos singulares ilustran aquí diversas modalidades en que las figuraciones sociales en el Cono Sur se dejan interpelar fecundamente por la sociología de Elias, en especial por su conceptualización del proceso de la civilización.

En el caso argentino, **Israel Lotersztain** muestra –en “El *Facundo* de Sarmiento y Norbert Elias”– algunas similitudes entre sendos autores, a pesar de sus insalvables distancias. No obstante ellas, ambos meditan sobre el mecanismo psico y sociológico por el cual un pueblo llega a la civilización, permanece en ella o, eventualmente, retrocede a lo que denominan “barbarie”. Para ello, le prestan especial atención a ciertos aspectos habitualmente desatendidos en la historiografía y las ciencias sociales: los modales, la vestimenta, las pautas de comportamiento, buscando desentrañar las razones y los secretos de la dualidad “civilización o barbarie”. Además, indagan la naturaleza profunda de los sentimientos y la conducta de los seres humanos.

En el terreno de las diferencias, Lotersztain observa que el texto de Sarmiento es, más que un proceso de análisis, un arma de combate; el de Elias, en cambio, es reflexivo, desapasionado, y procura evitar los juicios de valor. También el marco histórico que eligen es diferente: Sarmiento se concentra en el momento específico que le toca vivir –si bien vuelve al pasado colonial y al origen, prefiere encontrar sus explicaciones en el presente o en el pasado inmediato–; Elias, por el contrario, se concentra en los procesos de largo plazo, en las extendidas ondas históricas psico y sociogenéticas que van modificando a los seres humanos. Sarmiento aspira a civilizar la Nación, y está dispuesto a combatir a punto de arriesgar la vida por ello; Elias, considera al proceso de la civilización como un devenir histórico ni racional ni irracional, y no parece complacido con alguna de sus consecuencias.

También **Marina Cardozo** analiza procesos sudamericanos a la luz de *El proceso de la civilización*; más específicamente, se aboca a ciertos aspectos de la trayectoria del Movimiento de Liberación Nacional - Tupamaros. Tras establecer algunas coordenadas de mediana y larga duración en la historia uruguaya que iluminan el contexto de los años sesenta, caracteriza al proceso recorrido por el MLN en esos años – particularmente en lo que refiere al ejercicio de la violencia política y sus formas– como un accionar inicial y relativamente “civilizado” que experimenta un repliegue, a principios de los años setenta, que se expresaría en acciones percibidas por la opinión pública como “más violentas”.

Por su parte, **Fredy Leonardo Reyes Albarracín** subraya, en “Competencias ciudadanas y civilización”, las implicaciones que tendría la formación de competencias ciudadanas en el sistema educativo colombiano a partir del año 2003 (cuyo objetivo es promover la construcción de la convivencia pacífica, la participación ciudadana y la valoración de la diversidad) en un contexto sociocultural caracterizado por las secuelas del conflicto interno armado y el narcotráfico. Para ello, se retrotrae al Congreso de Angostura (diciembre de 1819), en cual se crea la República de la Gran Colombia tras la emancipación de la corona española. Desde entonces, las altas esferas sociales e intelectuales criollas experimentaron la imperiosa necesidad de insertarse en el “proceso de la civilización”. A pesar de las carencias en torno a los desarrollos tecnológicos y de conocimiento científico, las elites americanas se sintieron dignas de vivir la “civilización”, puesto que las incipientes naciones encontraron en los manuales de urbanidad y buenas maneras un instrumento para labrar sociedades que tenían por molde las refinadas y glamorosas costumbres parisinas y londinenses.

De modo que estos manuales –que pululan por el siglo XIX y comienzos del XX– se constituyen en la herramienta que fija las normas de conducta social y moral de la población americana. De todos ellos, Reyes Albarracín destaca el *Manual de urbanidad y buenas maneras...* del venezolano Manuel Antonio Carreño, que aún perdura en el imaginario colombiano y cuyas normas –que ya cumplen 155 años– todavía se imparten en las aulas de las instituciones educativas del

país en los niveles básico y medio. Lo particular de la *Urbanidad de Carreño* (tal como coloquialmente es conocido el manual en Colombia) es que se aborda por cátedras que también tienen el propósito de trabajar la formación ciudadana. Con ello, el sistema educativo colombiano buscaría trascender el propósito de moldear ciudadanos que se desenvuelvan en el marco de principios como la convivencia, la diversidad y la democracia, apuntando a que los estudiantes construyan en sus prácticas cotidianas relaciones que contemplen los traumatismos sociales que provocan el conflicto interno armado y el narcotráfico.

Dadas así las cosas, la perspectiva de las competencias ciudadanas termina siendo limitada pues se aleja del mundo social que envuelve la escuela. Así, la formación ciudadana desde el escenario educativo enfrenta el reto de atenerse a las dos claves que expone Elias para que el proceso de la civilización avance: la especialización de funciones e individualización de la vida social; y el desarrollo de procesos interdependientes ligados al control de la violencia física.

Los trabajos reseñados aquí contribuyen a completar no sólo los estudios sobre América latina sino también las consideraciones sobre los alcances del proceso de la civilización. A menudo se le ha criticado a Elias una supuesta visión eurocéntrica de la civilización. Estas objeciones –bienpensantes pero a la vez precipitadas– desconocen (o hacen caso omiso de) diversas consideraciones de Elias, a lo largo de su obra, a otros procesos civilizatorios, con sus especificidades y autonomías relativas respecto del proceso europeo. Así, por ejemplo, Elias admite que la civilización china tuvo su propio proceso, independiente de las cortes europeas. ¿No habilita este tipo de afirmaciones la pregunta por la existencia y especificidad de un proceso de la civilización americano? Sin duda, las civilizaciones precolombinas, la conquista de América, y la acción civilizatoria de las élites criollas son hitos en un proceso singular, de creciente y traumática interacción con la civilización europea, que aún puede y debe ser esclarecido en mayor profundidad. Los trabajos publicados aquí son un paso inicial, aunque importante, en esa dirección; enfrentándonos una vez más con la abierta contradicción entre civilización y barbarie.